
EL REGRESO

Susana B. Nájera

IRA

¿Tú le has oído gritar alguna vez? ¿Te has levantado por la noche, aturdido, sin saber qué hacer para que callara? Entonces no me vengas con cuentos, ni moralinas. No me juzgues por mis gritos. Tú no tienes ni idea, no tienes ni puta idea de lo que significa este calvario. Este martirio del día a día. El reguero de baba en su barbilla, los lloros y los gritos, las pataletas, el puré tirado, manchando por enésima vez el mantel de cuadros rojos y blancos. Todos los días frente a la misma ventana, siempre con la mirada perdida, con el temblor eterno en su cabeza. Si no sabes lo que es desear morir, lo que supone desear que alguien muera. Si no lo sabes, es mejor que me dejes, que te calles que no pretendas enseñarme qué es la vida, y que siempre hay esperanza y todas esas mierdas que me vendes. Porque yo sí sé qué es desear que se muera, que deje de agobiarnos con sus gritos, con sus lloros. No puede ver un espejo, no puede recordar mi nombre, no sabe quién es, es un pelele, un muñeco roto y arrugado. Se mea y se caga encima, ha perdido toda la dignidad, todo lo poco que ya le quedaba. ¿Tú sabes lo que es estar todo el día pendiente de sus dolores? ¿Sabes lo que ser todo el día su conciencia, su memoria, su sombra, para que no muera antes de tiempo, para que no se asuste con su propio reflejo, para que no meta los dedos en el enchufe, para que beba agua cada poco tiempo, para que no se escape de casa, para que sobreviva a la rutina de cada día?

TRISTEZA

Ahora no puedo mirarle como antes. Me pierdo en los leves surcos de su frente, le observo cuando mira por la ventana, con los ojos perdidos, y te juro que no encuentro la diferencia entre los tejados inertes de los bloques y sus manos, paralizadas en un temblor levísimo en su regazo. Le hemos puesto un babero grande, que le cubre todo el pecho, y que sube y baja al compás de su respiración. Está lleno de manchas. Antes lo lavábamos varias veces al día, pero era inútil. La cuchara nunca acierta a entrar a la primera en su boca, y sus labios abiertos por numerosas heridas se cierran antes de tiempo. Las manchas reseca me entretienen mientras las cuento. Y le hablo, Dios sabe que le hablo cada tarde, mientras paso las hojas de las revistas. Le cuento lo bien que le veo, que dentro de poco llegará el invierno y con él la Navidad, le cuento lo bien que le ven los médicos, y siempre me da la sensación que se me escapan las

palabras en vano. Y con cada una que se escapa me llega un suspiro nuevo que me hunde más y más en el sillón. Y me pesa más y más la revista en las manos sudadas, y se me hace gigantesca la ciudad y la habitación de esta casa tan vacía. Dios sabe que le hablo cada día, con la voz más fuerte que puedo lograr, y Dios sabe que le sonrío, que me esfuerzo por contenerme, por no tirar la revista y decirle la verdad. Dios sabe lo que me cuesta dormir cada noche, presintiendo una nueva rabieta, un nuevo llanto que sobresalta y que me encoge el corazón. Me esfuerzo por perseguir cada uno de los movimientos de sus ojos, para descubrir acaso un nuevo lenguaje que aún no he aprendido. Pero todo es inútil. Y el abatimiento puede a veces más que mis propias palabras, y me camuflé en sus gritos para ahogar el dolor de mi llanto. No quiero que me vea así. Pero no puedo remediarlo.

MIEDO

Por las noches duermo con los ojos abiertos, y una mueca torcida en el rostro. No duermo tumbado porque se ahoga con sus propias flemas, y le ponemos dos o tres almohadones grandes en la espalda. Mientras la enfermera los coloca, soy yo la encargada de abrazarle por delante, para evitar que se venza su cuerpo hacia atrás. Es entonces cuando siento un escalofrío. Su boca húmeda y entreabierta me roza el cuello, noto su aliento, e imagino que cobra vida y que me agarra fuerte del cuello. Reconozco que es una tontería, y que me asusto yo sola, pero no puedo evitar verle como un fantasma, como un cuerpo sin vida que se disfraza de moribundo. Entonces comienzo a sentir cómo me laten las sienes, y su peso se hace insostenible. Le pido a la enfermera que se dé prisa. Creo que se mueve entre mis brazos, que pugna por desasirse de mi abrazo, que en cualquier momento va a gritarme, que sus gritos van a estallar en mis oídos, que comenzará de nuevo a gritar y a llorar como un niño enrabiado. La enfermera se detiene algún segundo de más arreglando la cama, y me veo sin fuerzas, creo que voy a tener que dejarle caer, dejar que se desnude simbólicamente contra las almohadas. De pronto noto la presión, me agarra del pelo, me abraza con fuerza descomunal, me quedo sin aire, no respiro, me grita, aúlla como una fiera, y sus patadas se me clavan en los costados, la enfermera grita, llama a los celadores, estoy aturdida, noto que me arranca la piel en un arañazo interminable, llegan dos hombres le sujetan y caigo al suelo... La enfermera me dice que ya puedo dejarle sobre los almohadones. Vuelvo en mí, no se ha movido y al tiempo que me da un vuelco el corazón, veo que mis dedos se han clavado en su espalda. Pero él no se queja, se mantiene con los ojos fijos en el vacío y la mueca en la cara. Salimos de la

habitación que se queda en penumbra. No puedo mirar hacia atrás, no puedo, ni quiero, ver sus ojos clavados en mí.

ASCO

Le cambiamos varias veces al día. Se mea encima, babea, se caga. Lo único que no le cambiamos es el babero que le ponemos a la hora de comer. ¿Para qué cambiarlo? El proceso siempre es el mismo. Uno le sujeta para que no nos pueda patear mientras le lavamos. Lo odia, estoy seguro. Yo agarro la esponja y la humedezco en un barreño de agua templada. Ante mí se abre su piel seca y amoratada. Ante mis ojos las llagas de las horas interminables que pasa en la cama. Ante mí su olor, un olor a podrido que emana de todos sus pliegues, que se enrosca a mi nariz, que me traspasa la garganta y se aloja en la boca del estómago. Comienzo el recorrido de la esponja, las nalgas sucias, restos reseco de heces, hay zonas dónde se necesario frotar, y al hacerlo no puedo evitar fruncir la boca en un gesto de desagrado; la espalda cubierta de llagas y pus, la parte posterior de los muslos, las corvas. El celador le gira para que pueda seguir la ruta de piel y suciedad. Mojo una y otra vez la esponja en el barreño, veo cómo se oscurece el agua, veo la espuma del jabón, veo la porquería sólida que flota en el agua. Restos de piel y de suciedad. Sigo con la esponja en la mano, noto su humedad, noto los dedos impregnados de agua, jabón, suciedad. Me tiemblan los dedos, el olor traspasa ya todo mi estómago. Paso la esponja por su cuello, por el pecho hundido, por las axilas sudorosas, por el vientre, por los genitales, por las ingles; paso la esponja por los muslos, por las rodillas, me entretengo en los pies, en sus dedos. Paso una y otra vez la esponja, la humedezco, resoplo, sigo con el recorrido, y luego le seco.

CULPA

Era la tercera vez que intentaba introducir la cuchara de puré en su boca. Hacerle tragar era mucho más complicado. En ocasiones recurríamos a la sonda. Era mucho más eficaz. Me temblaba el pulso, y parte del contenido de la cuchara se cayó sobre mi vestido. Dejé caer la cuchara en el plato. Salpicaron algunas gotas que fueron a caer sobre la colcha. *Ya no puedo más, no puedo más...*, sé que pensé mientras miraba de nuevo por la ventana, comparando los tejados inertes con su cuerpo. Son tantos años ya, tantos años de espera ininterrumpida, desde aquella noche en la ventana, en una ventana como ésta, desde la que se podían ver árboles, lluvia, una calle vacía, coches aparcados, y tú que no venías. Hasta la ventana llegaba el sonido del reloj, los ronquidos de tu padre. *No salgas, hace frío*. Me dijiste que eran bobadas,

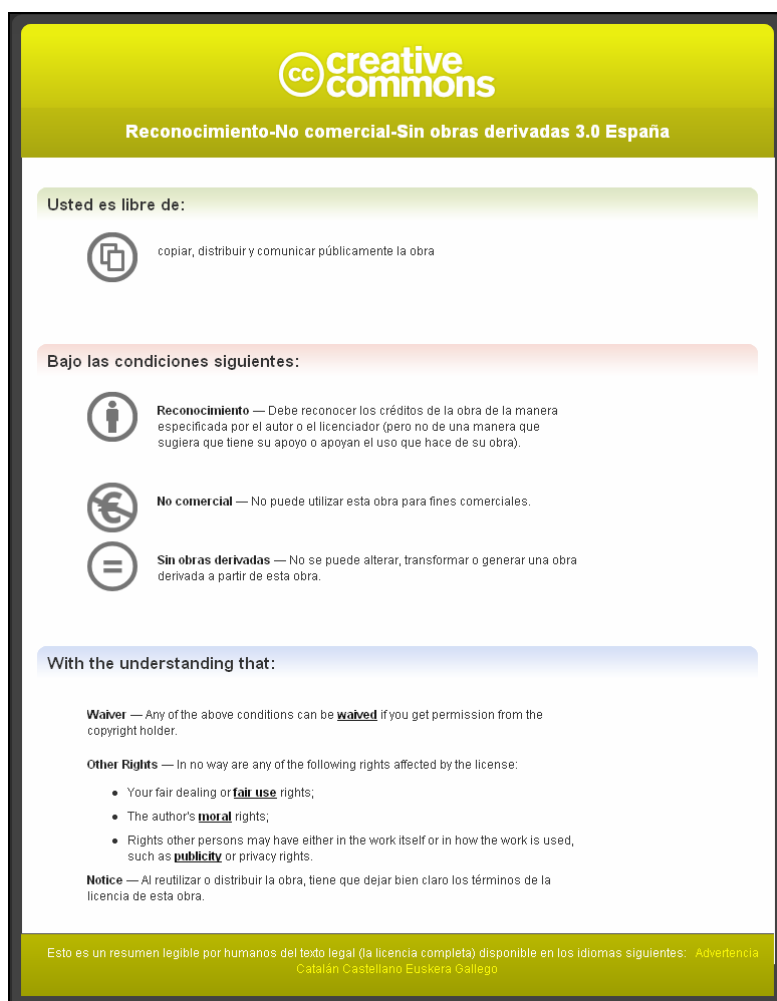
que te cuidarías, que vendrías pronto. Y yo me quedé detrás del cristal de la ventana, viendo cómo marchabas, esperando que todo sucediera rápido, que pasaran las horas de dos en dos, y que oyera ya mismo cómo regresabas a tu cuarto cerrando deprisa la puerta, para que no nos diéramos cuenta de la hora que era. Sé que me quedé dormida. Y que llegaste bien, por la nota que dejaste en la mesilla del cuarto de estar: *Mamá, he llegado bien, me voy a trabajar, te veo en la comida.* Eran ya las 10 de la mañana, y me despertó una punzada de dolor y el sonido taladrante del teléfono. Al tiempo que leía tu nota me lo confirmaban. Y ya han pasado veinte años. Ahora pienso en esas horas perdidas, en las que regresaste, escribiste la nota rápido, y te fuiste a trabajar. Si al menos me hubiera despertado al sentir que entrabas. Pero me pudo el sueño, me hipnotizó el vacío de la calle y la lluvia en los cristales. Me pudo el querer ser la primera en volver a verte. Y a ti te dio miedo despertarme, me tapaste con cuidado con la mantita verde, y te fuiste a trabajar, quiero imaginar que me besaste con cuidado en la frente. Si al menos hubiéramos hablado dos minutos, dos míseros minutos de charla intrascendente, incluso de riñas un *dónde has estado, has bebido, hijo?. Un porqué no descansas, te preparo café?* Si al menos hubiéramos entretenido un poco al destino que te esperaba detrás de las vías, detrás del choque y las vueltas de campana, de la noche que dejaba de serlo y del puente que no sostuvo tu caída. Si no nos hubiera dormido el destino a los dos, de manera tan diferente, si el vacío de la calle y la lluvia en los cristales no me hubieran impedido abrazarte al llegar. Si al menos...

ALEGRÍA

Lo vi todo desde la puerta. Ella se armó de paciencia de nuevo, cogió la cuchara y la acercó hasta sus labios, que permanecían cerrados, y empujó con suavidad. *Hijo, vamos, abre la boca,* susurró mientras se caía de nuevo el puré. Estuve tentado en acercarme y gritarle cuatro barbaridades, inútiles, porque no nos oía. Pensé que debería coger de nuevo la sonda y llamar a la enfermera. Pero me contuve en el umbral de la puerta. Esperando no sé muy bien a qué. Ella volvió a llenar la cuchara, y recorrió con lentitud el camino que le llevaba hasta sus labios secos y agrietados. Y en ese instante me pareció que todo tenía sentido. Sí, todo. La cuchara, el puré, el cuerpo derrotado de mi hijo, mi mujer derrochando ternura con la cuchara en la mano, las casas inertes que se alzaban a través de la ventana. Todo parecía encajar de nuevo en le puzzle. Fueron escasos segundos de lucidez, donde se aclaraban por fin los sentidos de los gritos, los aullidos animales, los lloros, las pataletas, su saliva, la piel llagada. Todo volvía a su cauce, de nuevo comprendí el sentido. En el mismo instante

en el que mi mujer volvía a repetirle bajito, casi de manera inaudible *vamos cariño, abre la boca*. ¡Y sucedió! ¡Vaya, si sucedió! Juro por lo más sagrado que lo vi con estos ojos. Abrió los labios un poco, y le clavó la mirada a su madre. Yo no podía creerlo, estaba vivo. ¡Seguía vivo! *Gracias* musitó ella, y continuó dándole de comer. Yo me acerqué corriendo a ellos. *Lo has visto, ¿verdad?, ¿lo has visto?, dime. Claro, me dijo, tú nunca has tenido fe en él*. Volví a mirarlo y vi sus ojos perdidos en el bosque de bloques de cemento, su boca cerrada, su cuerpo vencido en la cama, y las manchas de puré en el babero. Sentí los pasos de las enfermeras detrás de mí, con la sonda en la mano, sentí cómo apartaban a mi mujer y le decían que no se preocupara, que con el suero estaría bien nutrido. Ellos no se daban cuenta de lo que había sucedido, fuera o no real. Al salir nos abrazamos. Hacía años que no sentía en su cuerpo algo de felicidad.

Susana B. Nájera



<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/>